Semana del 10 al 16 de enero de 2016. BAUTISMO DEL SEÑOR
"Tú eres mi Hijo, el Amado, el Predilecto"

1.- La Palabra de Dios:
1ª Lectura: Isaías 42,1-4. 6-7: Mirad a mi siervo, a quien prefiero
Salmo: 28: El Señor bendice a su pueblo con la paz.
2ª Lectura: Hechos 10, 34-38: Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo
Evangelio: Lc. 3,15-16. 21-22: Jesús se bautizó. Mientras oraba, se abrió el cielo.

El Espíritu Santo se derrama sobre nosotros por tres vías o caminos: Los Sacramentos, la oración y la Palabra de Dios.
El Evangelio nos dice que cuando Juan predicaba, "el pueblo estaba en la duda..." Hoy, no sólo hay duda, sino que existe toda una corriente de pensamiento mundano que niega, incluso, la existencia de Dios. Por eso es imprescindible que cada uno de nosotros dé testimonio del Amor y la Misericordia de Dios, apoyados en estos tres recursos: Sacramentos, Oración y Sagradas Escrituras.
En oración, le pediré al Señor dos cosas, cada día de esta semana: Conocer más de Él y de Su Palabra, para vivir más como Él quiere que viva; y que renueve mi corazón con el poder de su Santo Espíritu.

Del Santo Evangelio según San Lucas (Lc 3,15-16. 21-22)

+++ Gloria a Ti, Señor

El pueblo estaba en la duda, y todos se preguntaban interiormente si Juan no sería el Mesías, por lo que Juan hizo a todos esta declaración: "Yo les bautizo con agua, pero está para llegar uno con más poder que yo, y yo no soy digno de desatar las correas de su sandalia. Él los bautizará con el Espíritu Santo y el fuego."
Un día fue bautizado también Jesús entre el pueblo que venía a recibir el bautismo. Y mientras estaba en oración, se abrieron los cielos: el Espíritu Santo bajó sobre él y se manifestó exteriormente en forma de paloma, y del cielo vino una voz: "Tú eres mi Hijo, el predilecto, en ti me complazco."

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:
Al comenzar ahora el Tiempo Ordinario, nos vemos ante una brillante ocasión para reflexionar brevemente sobre el poder ilimitado del Evangelio, sobre la infinita potencia de la Palabra de Dios, aprovechando que "El Bautismo del Señor en el Jordán" se nos presenta muchas veces como "un hecho conocido" y quizás hasta bastante "familiar"…

¿Quién puede decir, en efecto, que no sabía que en ese momento el cielo se abrió, y que allí se oyó la voz del Padre, y que el Espíritu Santo descendió en forma de paloma para posarse sobre Jesús…?

A través de nuestra peregrinación terrena, vivimos ciertos momentos "trascendentales", que van marcando nuestra historia personal de fe… sucesos o aprendizajes que, por el profundo contenido que encierran, pueden llegar a renovarnos completamente en el espíritu, si tenemos el corazón lo suficientemente bien dispuesto para ello…
Lamentablemente, no son muchos los momentos así, a los que podríamos llamar "reveladores", quizás porque no siempre tengamos la disposición del corazón y del espíritu para vivirlos…

Las Sagradas Escrituras, como Palabra Viva del Señor, tienen esa capacidad especial de Misterio que, aunque nos relatan hechos varias veces escuchados, ciclo tras ciclo dentro de la Liturgia, en realidad estos relatos varían en cuanto a su efecto sobre nosotros, enriqueciéndonos con su mensaje renovado, de un año a otro.

Pareciera ser que no estamos diciendo nada nuevo, pero muchas veces se ha escuchado por allí (y nos ha

tocado vivirlo y verlo) que el Evangelio de un día cualquiera (o que la Primera o la Segunda Lectura de una Misa) transformó una vida, cambió un punto de vista, ayudó a entrar en razón, evitó una desgracia o simplemente consoló y llenó de paz a un corazón angustiado y necesitado del amor de Dios…

Es que en verdad se cumple lo que dice el autor de la Carta a los Hebreos, que *"la palabra de Dios es viva y eficaz, más penetrante que espada de doble filo, y penetra hasta donde se dividen el alma y el espíritu, los huesos y los tuétanos, haciendo un discernimiento de los deseos y los pensamientos más íntimos."* Finalmente agrega el autor: *"No hay criatura a la que su luz no pueda penetrar…"* (Heb 4,12-13). Claro que insistimos: Es necesario tener la disposición de espíritu necesaria, para dejar que la Palabra actúe, pues de lo contrario su efecto será poco menos que nulo…

Partiendo de esta realidad incuestionable, podemos utilizar el discernimiento sobre nuestra actitud frente a la Palabra de Dios como un magnífico "termómetro espiritual", que nos diga cómo vamos…

Nos explicamos: aunque sabemos que Dios Todopoderoso se hace escuchar cuando y como quiere, es muy importante reconocer que cuanta más oración y unión con Él tengamos, estaremos más ávidos de escucharle y de obtener nuevas luces a través de Su Palabra…

Por el contrario, cuando ese deseo disminuya, cuando haya menos "sed de escucha" de la Palabra de Dios, será momento de esforzarse especialmente por orar más; momento de pedirle al Señor la ayuda extraordinaria de Su gracia, a través de las mortificaciones personales, en primer lugar para no caer en la "costumbre" de las cosas de Dios, y en segundo lugar para no caer en la soberbia espiritual de sentir que ya sabemos mucho de Él o de Su Palabra, porque "saber" no necesariamente quiere decir "hacer", y al final de cuentas, el conocimiento del Evangelio debe llevarnos a actuar sólo conforme a lo que Dios nos dice allí.

A partir de la lectura del Evangelio de hoy, podemos imaginar que aquel día elegido por Dios Padre, para bautizar a Jesús en las orillas del río Jordán, había una larga cola de pecadores arrepentidos que querían ser bautizados por Juan.

Todos sabemos que Juan se ganó a un montón de seguidores, más que por la brillantez o la elocuencia de sus palabras, por el testimonio de humildad, de austeridad y de fe que dejaba allí por donde transitaba.

Hablaba con fuerza y con convicción, invitando a todos al arrepentimiento y al cambio. Por eso cuando llegó a su vida la inspiración de llevar a cabo su misión, para purificar vidas y limpiar almas en preparación de la llegada del Mesías, muchos le siguieron de inmediato.

El Evangelio de Lucas nos presenta hoy a un pueblo expectante y hasta curioso por saber si aquel a quien todos aclamaban tanto, sería ya el Mesías. Juan no dejó pasar esa oportunidad para aclarar enfática y humildemente: ***"Yo les bautizo con agua, pero está para llegar uno con más poder que yo, y yo no soy digno de desatar las correas de su sandalia. Él los bautizará con el Espíritu Santo y el fuego."***

El Bautismo era para todos esos hombres, confiados en limpiar sus manchas de pecado, una oportunidad de perdón, era el símbolo de un nuevo inicio; como nos dicen los Evangelios, un bautismo de agua y arrepentimiento.

Pero las cosas cambiarán cobrando fuerza a partir de que Jesús instaura el Bautismo como un Sacramento, signo y acto eficaz de purificación y renacimiento en el Espíritu…

Con su propio bautismo primero, y con su mandato de bautizar a todos los pueblos luego, en el nombre del

Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28,19) el símbolo cobrará fuerza eficaz y se hará sacramento (es decir, será a la vez signo visible y realidad operante) de tal manera que con él habrá un renacimiento y una purificación efectivos, cada vez que alguien se bautice…

Hay Espíritu y hay Fuego… hay Poder y hay transformación… Allí se borra todo pecado y toda culpa de pecado, propia y ajena… El alma se encuentra por tanto en la más pura de las blancuras, sólo equiparable (pero aún mayor) a la que se puede obtener nuevamente al conseguir una indulgencia plenaria.

Allí estaban pues, imaginémoslos ahora: llenos de gozo en el espíritu, hombres de todas las edades, glorificando a Dios, alabándolo con cánticos y Salmos, arrepentidos de sus pecados y decididos a encarar una vida nueva…

¿Por qué hablamos primeramente de lo que el bautismo habría significado para la multitud, para aquellos que se enfilaban buscando tener contacto con Juan entre las aguas, y no nos centramos de manera directa en lo que supuestamente debería interesarnos de entrada, que es el bautismo de Jesús?

Simplemente porque vemos lo que el mismo Dios quiere recordarnos, una vez más y al igual que la semana pasada: que las cosas realmente importantes nacen de lo sencillo… no de las grandes pretensiones humanas… De no ser así, Cristo mismo habría nacido en la ciudad de Roma, capital del Imperio, emparentado a la familia real de los césares y con todo el poder terreno, para que así, el cumplir con su misión, le resultara humanamente más sencillo.

Pero ya vimos que nació en una ciudad a la que se consideraba de las más pequeñas de Judea, no en un palacio, ni en una casa, sino en un pobre y humilde establo… Y ahora lo vemos, siendo todo un Dios, mezclándose entre la gente sencilla de la cola, haciendo fila como uno más del montón, para recibir el bautismo…

Él no conocía desde su propia experiencia el pecado, pero aún así se solidariza con el pueblo y decide hacer lo mismo que ellos… Asombrado Juan le dirá: ***"Soy yo el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mi?"*** (Mt 3,14b)

Desde siempre, Jesús se brinda, se entrega, se da... Según algunos exégetas e intérpretes de las Escrituras, es muy aceptable pensar que ese acto de solidaridad con sus hermanos pecadores, tuviese como simple fin el ayudarles a aligerar la carga de sus errores, y que para esto se hizo parte de la multitud haciéndose bautizar…
Todo se iba encaminando para que Jesús recibiera públicamente la gran misión, y al momento en que le toca el turno, Juan deja caer agua sobre Él y una fuerza poderosa, que llega desde el cielo, pone en contacto lo divino con lo humano.

En medio de un bautismo colectivo Jesús también se bautizó. Y mientras Él oraba, tuvimos una nueva "epifanía": se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo sobre Él, en forma de paloma, y todos oyeron la Voz del Padre, diciendo desde lo alto: *"Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto."*

Jesús sabe perfectamente que con el llamado público de Su Padre, su vida cambiaría públicamente de rumbo. Algo así nos sucede también a nosotros, cuando nuestra fe es interpelada por Dios (cuando de un solo golpe o poco a poco, o a través de sucesivos acontecimientos, o por medio de la paulatina comprensión, año tras año, de la sucesión de los hechos y del mensaje que Dios quiere transmitirnos a través de ellos…) cuando llega un punto en el que nos decimos a nosotros mismos que las cosas no pueden seguir por su mismo rumbo, sino que deben cambiar, cuando nos damos cuenta de que el llamado de Dios a seguirle, se nos vuelve más urgente y radical, más amoroso, más seductor, más inapelable y exclusivo… Tenemos que decirle

que “sí”.

Jesús responde a la invitación del Padre con toda la generosidad y humildad de su perfecto corazón humano, educado en las virtudes por José y María… No se excusa, no presume, no dilata las cosas ni pierde el tiempo en buscar los elogios o los consuelos humanos. Del bautismo será directamente conducido por el Espíritu al desierto, como nos cuenta el mismo Lucas (Lc 4,1-13) y los otros Evangelios Sinópticos (Mt 4,1-11 y Mc 1,12-13); allí empezarán las pruebas, pero también de allí saldrá fortalecido para superar lo que viniera y para llevar a buen término el Plan Divino de nuestra Redención…

Quiere Dios que nosotros respondamos como Cristo, y que en este año de la Misericordia, pongamos en práctica la lección que hoy nos dan Jesús y Juan el Bautista en este Evangelio, quienes gracias a su humildad y a su fiel obediencia, hoy marcan el rumbo de nuestra vida y de nuestra historia.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: (*Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos***)**
a) ¿Estoy siempre consciente de que Jesús es el único Señor, y que todo sucede por su poder y su voluntad?
b) La humildad de Jesús (que quiso ser bautizado), ¿es para mí un ejemplo esencial, que deseo imitar en toda mi vida? ¿Y qué puedo decir acerca de su obediencia…?
c) ¿Procuro ser yo también un “siervo del Señor”, sirviéndolo a Él a través de mis hermanos, como Cristo nos enseñó? ¿En qué grado practico la obediencia en mi Apostolado, y desde dónde quiero hacer las cosas a mi modo?

4.- Comentarios de los hermanos:
Luego de unos momentos de silencio, se concederá la palabra a los participantes de la Casita de Oración para que expresen sus opiniones y comentarios. Como siempre, se buscará la participación de todos.

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica. Cánones: 535-537; 1223-1225, 1267-1269
535 El comienzo de la vida pública de Jesús es su bautismo por Juan en el Jordán (Cfr. Hech 1,22). Juan proclamaba “un bautismo de conversión para el perdón de los pecados” (Lc 3,3). Una multitud de pecadores, publicanos y soldados, fariseos y saduceos y prostitutas viene a hacerse bautizar por él. (Cfr. Lc 3,10-14. Mt 3,7. Mt 21,32). “Entonces aparece Jesús”. El Bautista duda. Jesús insiste y recibe el bautismo. Entonces el Espíritu Santo, en forma de paloma, viene sobre Jesús, y la voz del cielo proclama que El es “mi Hijo amado” (Mt 3,13-17). Es la manifestación (“Epifanía”) de Jesús como Mesías de Israel e Hijo de Dios.

537 Por el bautismo, el cristiano se asimila sacramentalmente a Jesús que anticipa en su bautismo su muerte y su resurrección: debe entrar en este misterio de rebajamiento humilde y de arrepentimiento, descender al agua con Jesús, para subir con El, renacer del agua y del Espíritu para convertirse, en el Hijo, en hijo amado del Padre y "vivir una vida nueva" (Rom 6,4):
Enterrémonos con Cristo por el Bautismo, para resucitar con Él; descendamos con Él para ser ascendidos con Él; ascendamos con Él para ser glorificados con Él (San Gregorio Nacianc., or. 40,9).
Todo lo que aconteció en Cristo nos enseña que después del baño de agua, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la Voz del Padre, llegamos a ser hijos de Dios (S. Hilario, Mat. 2,6).

1223 Todas las prefiguraciones de la Antigua Alianza culminan en Cristo Jesús. Comienza su vida pública después de hacerse bautizar por San Juan el Bautista en el Jordán, y, después de su Resurrección, confiere esta misión a sus apóstoles: “Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado” (Mt 28,19-20; Cfr. Mc 16,15-16).

1225 En su Pascua, Cristo abrió a todos los hombres las fuentes del Bautismo. En efecto, había hablado ya de su pasión que iba a sufrir en Jerusalén como de un "Bautismo" con el que debía ser bautizado (Cfr. Mc 10,38; Lc 12,50). La sangre y el agua que brotaron del costado traspasado de Jesús crucificado son figuras del Bautismo y de la Eucaristía, sacramentos de la vida nueva: desde entonces, es posible "nacer del agua y del Espíritu" para entrar en el Reino de Dios (Jn 3,5).
Considera dónde eres bautizado, de dónde viene el Bautismo: de la cruz de Cristo, de la muerte de Cristo. Ahí está todo el misterio: Él padeció por ti. En él eres rescatado, en él eres salvado (San Ambrosio).

1267 El Bautismo hace de nosotros miembros del Cuerpo de Cristo. "Por tanto... somos miembros los unos de los otros" (Ef 4,25). El Bautismo incorpora a la Iglesia. De las fuentes bautismales nace el único pueblo de Dios de la Nueva Alianza, que trasciende todos los límites naturales o humanos de las naciones, las culturas, las razas y los sexos: "Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo" (1Cor 12,13).

1269 Hecho miembro de la Iglesia, el bautizado ya no se pertenece a sí mismo, sino al que murió y resucitó por nosotros (Cfr.1Cor 6,19 y 2Cor 5,15). Por tanto, está llamado a someterse a los demás, a servirles en la comunión de la Iglesia, y a ser "obediente y dócil" a los pastores de la Iglesia y a considerarlos con respeto y afecto (Cfr. Ef 5,21; 1Cor 16,15-16 ; Jn 13,12-15 ; Heb 13,17 y 1Tes 5,12-13). Del mismo modo que el Bautismo es la fuente de responsabilidades y deberes, el bautizado goza también de derechos en el seno de la Iglesia: recibir los sacramentos, ser alimentado con la palabra de Dios y ser sostenido por los otros auxilios espirituales de la Iglesia (Cfr. LG 37; CDC can. 208-223; CCEO can. 675, 2).

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:
ANA 109 Cuando empieza Mi vida pública, el mismo amor Me induce al bautismo, donde Me ofrezco en expiación por sus pecados: al desierto donde Me humillo, donde soy tentado, donde Me dejo hasta llevar en alas del ángel caído, a la plataforma del templo, todo por amor. Corazón de Mesías, de Salvador y de Padre, todo es posible a Mi amor con tal que los decida a seguirme en el combate. Para la lucha con el demonio, les presté aquellas palabras, aquellas flechas sacadas de las Escrituras, con las cuales herirán siempre al tentador. Pero es preciso que ellas partan de sus corazones como de Mi Corazón, cuando se hayan purificado en la soledad y en el ayuno. Cuando la mortificación los haya hecho fuertes, magnánimos, vencedores de sí mismos.

7.- Virtud del mes: Durante este mes de enero, practicamos la Virtud de la **Fortaleza** (Catecismo de la Iglesia Católica, cánones: 1808-1811-1831-1837).
Esta Semana veremos el canon 1811, que dice lo siguiente:
1811 Para el hombre herido por el pecado no es fácil guardar el equilibrio moral. El don de la salvación por Cristo nos otorga la gracia necesaria para perseverar en la búsqueda de las virtudes. Cada cual debe pedir siempre esta gracia de luz y de fortaleza, recurrir a los sacramentos, cooperar con el Espíritu Santo, seguir sus invitaciones a amar el bien y guardarse del mal.

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:
CA 178 Al demonio no le gusta la reparación y el ayuno, la oración, los sacrificios: los detesta. Pero cuando lo hacen, experimentan el efecto salvador de su práctica. Yo les daré, a sus almas, fortaleza, perseverancia, valor, amor y alegría. Te repito, hay demasiados pecados que no puedo tolerar: la vanidad, la inmoralidad, la lengua; muchos religiosos que solamente lo son por su hábito, pues en su espíritu no están ni cerca.

8.- Propósitos Semanales:
Con el Evangelio: Haré todas las cosas en espíritu de humildad y de obediencia a la Voluntad de Dios sobre mi vida.
¡Y no nos olvidemos de rezar con las dos intenciones que decíamos al principio de esta catequesis!: Conocer

y practicar la Palabra de Dios y recibir más del fuego del Espíritu Santo.

Con la virtud del mes: Me esforzaré para practicar las virtudes, especialmente con mi familia y mi comunidad. Es a través de la fortaleza, pedida a Dios, que podré superar mis defectos y crecer en la práctica habitual del bien.

9.- Comentarios finales:
Se concede nuevamente la palabra para referirse brevemente a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o para la Iglesia en general.